

EL CÍRCULO IMPOSIBLE DE LA MEMORIA.

Montserrat Huguet

Prof. Titular de Historia Contemporánea
Universidad Carlos III de Madrid.

Casi por la inercia que conlleva el género de pensamiento que cada cual practica, darle vueltas al asunto de la memoria me remite a la metáfora del círculo. Pero la idea del círculo, cuando se trata de la memoria, nace en realidad de su cualidad imposible. No hay memoria cerrada, ni es nunca perfecto el círculo que traza. En el desarrollo de este trabajo se tratará de entender la naturaleza imposible del círculo presumiblemente trazado por la memoria.

La memoria, imperfecta como lo es siempre, se hace sin embargo irrenunciable. Quizá las inmundicias del pasado, arrastradas por el afán *memorizante* —que no memorístico— empujen de una vez por todas a las que ahora nos estorban.

Pero de tanta memoria como hoy gozamos no se desprende sin embargo que su naturaleza sea tan sabrosa como debiera. Nuestra memoria tiende, por la extensión con que se practica, a perder sustancia. Lo abarca todo, pero nos sabe a poco. Hacer memoria es hoy un juego habitual y rutinario.

Y sin embargo, el peso de tanta memoria almacenada, memoria inabarcable, termina por saldarse con ciertos olvidos intolerables, los que se refieren a los asuntos centrales de la existencia. Sin abandono, abandono elegido, no puede haber memoria, no al menos la memoria que merece la pena.

Para asumir que la memoria traza un círculo imposible hemos de intuir previamente el difícil enjuague que mantienen los dos ritmos esenciales de la historia, el cambio y la permanencia. Al cambio, explicado desde la revolución virulenta o la transformación pausada, y a la permanencia, vista como la señora tradición que aguanta el paso de los tiempos como si nada fuera con ella.

En los epígrafes: *Mentirijillas*, *Las “ies” de la memoria*, *La memoria “debida”*, *Choque de Trenes*, y *La vitrina de la abuela*, se repasan los asuntos que a mi juicio son centrales en la preocupación reciente por la cuestión de la memoria y el espacio público contemporáneo.

TEXTO

El círculo imposible de la memoria

Montserrat HUGUET
Universidad Carlos III de Madrid

Para la mayor parte de la gente la memoria no es más que un sistema cuya utilidad es la de interpretar la vida real, cotidiana. Sin embargo, la sensación “esquizofrénica” domina la relación de la memoria con la experiencia. Los actos del hombre moderno transcurren a la par que va inflándose el circuito de la memoria en el que se ve inmerso. La memoria se compone pues de tantos circuitos como seres humanos la usan y todos ellos, en mayor o menor medida, tienen algo que ver entre sí. El mundo y lo imaginario se estorban a menudo, si bien, difícilmente podrían existir el uno sin el otro. En el mundo, la imaginación se resuelve por medio de la ficción, de la palabra, de la representación; siendo así que el *mito* es la verdad esencial que descubre la vida y la explica¹. La memoria atestigua el tránsito en este caso, dando a la imaginación el pedigrí que requiere ser admitida en el mundo. Cada fracción del mundo real, interconectada con todas las demás y al mismo tiempo suelta, independiente, queda atrapada por el sistema de la memoria que le otorga un puesto, un lugar acorde con la circunstancia y su interés para el todo. Dicho interés lo marca el sistema, o mejor dicho, quienes en cada momento actúan de interlocutores entre él y la realidad.

Sin un modelo de memoria la realidad se torna irreal. Piénsese en una descripción exhaustiva, total, de lo real; en la sola idea de que cada detalle de la experiencia hubiera de ser fijado en nuestra relación con ella. La sola suposición de tal cosa nos remite a la locura, una locura fruto de la colmatación, que inmoviliza nuestro uso de la vida. De ahí la absoluta necesidad de un esfuerzo de organización –individual y común– de la memoria.

El esfuerzo organizado de la memoria colectiva tiene algo de ese ejercicio heroico que es la pretensión de verdad; de implantación arrítmica de una claridad suprema que, aunque suene a lo contrario, goza en realidad de la cualidad natural de la ocultación. Así, la búsqueda de la verdad, escondida por

¹ ELIEDA, M. : *Mith, Dreams and Mysteries*, New York, Harper and Row, 1967.

lo que se ve en medio de las tinieblas del pasado, se acomete por lo general como la cruzada en busca del santo grial. Sin la verdad que ilumine el presente, la vida de los hombres carece de orientación. El presente no existe – más bien se propone-, y el futuro ya es presente, luego tampoco es otra cosa que pasado. Así pues, solo tiene interés el pasado.

A quienes así razonan no les importa que la verdad se sustancie en su mera búsqueda, en el afán reiterado por no dejar ver que nos hemos rendido, que todo el interés que deba suscitar lo agostado no sea equiparable al que debe prestarse al esfuerzo de vivir el presente –aunque este vaya andando, ciego, hacia el mismo destino.

En nuestros días –no siempre ha sido así y cuando digo “en nuestros días” abro un abanico de tiempo que nos aleja del hoy mismo hasta rozar los bordes de lo contemporáneo-, creer que ponemos en duda la necesidad de una memoria “verdadera” o que, no siendo así, tampoco merecería la pena hacer el esfuerzo de buscarla y hacerla legible, porque no quedan testigos vivos que corroboren sus principios y en consecuencia no es la suya una forma de verdad que merezca la pena rescatar, carece de cualquier predicamento entre los gestores de la memoria colectiva. Se considera además un rasgo de muy mal gusto el encubrimiento de actitudes reprobables desde un punto de vista cívico, de tal suerte que a quien así se manifiesta se le acusa de ligereza, de irresponsabilidad con el ejercicio justo de la memoria –entiéndase “verdad”- y de la historia –véase “verdad”, nuevamente.

Por lo general, se usa con rango de universal una forma de verdad que, ensalzada por el abuso del ejercicio mediático, tiene entre sus rasgos más significativos el de ser apenas una construcción bidimensional del tiempo presente. Como tal, la verdad que emana de la crónica presente sería perfectamente interpretada como la hermosa fábula de lo actual. Si a Suetonio no le importaba ser tachado de cuentista y no solo no se avergonzaba por ello sino que, muy al contrario, se veía a sí mismo como el poderoso forjador de memoria que en realidad era, ¿qué mal encuentran nuestros contemporáneos en la digna modestia de una práctica semejante?

Al sacar a escena a “la gente”, lo hago porque pienso que algún sujeto habrá que darle a este fenómeno contemporáneo de la responsabilidad para con la verdad. A la gente sin embargo –y no pretendo acusar a nadie de falta de práctica ciudadana- este tipo de asuntos que tiene que ver con la memoria y la verdad suele producirle una reacción que bascula entre dos extremos opuestos: la indiferencia y la alergia. No es que la gente sea más ignorante y descuidada que antes con la memoria de sus muertos. Quien más y quien menos tiene una conciencia muy activa de lo que le exigen sus conciudadanos a sus particulares capacidades –esto es al menos lo que defienden los

gobiernos. Con todo –seamos prácticos- la verdad que le interesa a la gente suele estar vinculada a sus afanes cotidianos –“donde está enterrado mi abuelo”-, más minúsculos, que sí pueden ser verificados en la experiencia y que se inscriben en un centro de historia prudente.

La verdad que tiene que ver con la memoria colectiva es en realidad una cuestión de alta política –se argumenta-, al igual que lo es la Historia en sí. El interés “administrativo” de la nación por que tal o cual menester, haya sido o no verdad, resulta equivalente a considerar que, siendo yo parte de la nación, adquiero una participación en el beneficio que devenga de la gestión del negocio común que es la pesquisa. Los más cicateros en el uso de los recursos públicos dirán: “arreglen ustedes el pasado que ya me ocupó yo de mi futuro. Para aquello no necesitan mis recursos, en cambio para esto sí que tengo yo necesidad de ellos”. Este mecanismo de defensa, si bien puede ser humanamente comprensible, es inoperante porque parte de un supuesto erróneo: que es el individuo quien toma las decisiones en la gestión del Espacio Público.

El individuo moderno tiene razón no obstante en una cosa. El pasado, lejos de comportarse como el anciano del hospicio que apenas da guerra, es un gran consumidor de atención y de recursos. El pasado come capital -aunque sea también cierto que, convertido en un parque temático, lo produce a espuestas. El pasado es en la contemporaneidad un enorme negocio y el ejercicio de la memoria y de la verdad forman su parte más sustanciosa. Fuente de ocio y de entretenimiento, ya nuestros antepasados mostraban el pasado a sus contemporáneos como una atracción de feria que evitaba que los trabajadores se bebieran los cuartos del salario en la taberna. Gastar el dinero en la taquilla de una muestra que enseñaba de qué modo vivían y se entretenían quienes nos precedieron fue siendo un gesto de progreso muy afín a la implantación de la sociedad moderna.

Hoy la cosa ha ido a más, tanto, que la representación del pasado se finge parte de nuestros usos cotidianos y en ocasiones su ausencia nos provoca un estado de primitivismo intolerable. Nos agrada vernos rodeados de objetos viejos o antiguos, de libros que resumen lo que fuimos o dejamos de ser, de álbumes de fotografías propias o ajenas. Nos gusta sabernos futuro en relación al pasado: nuestro ego crece tontamente. Evocamos el pasado en nuestras camisetas de algodón, impreso en tintas indelebles y gestamos con él marcas registrables cuyo potencial económico –vaya usted a saber por qué- es enorme.

Así, la dermis del pasado se va espesando, como la de un rinoceronte anciano, y –pese a sentirnos “tecnológicamente” superiores, nos gusta protegernos bajo ella de la que esté por caer, sentir que nos defiende de los

males que tal vez nos acechan y que, si fuera necesario –y en ocasiones lo es– la epidermis se tornaría el cuerno con el que atacar a ese enemigo que –sin atrevernos a decirlo en alto– somos nosotros mismos, proyectados en el devenir.

Mentirijillas.

Pero ¿Y la justicia? ¿De que nos sirve el ejercicio de la memoria si no es para volver a escribirla en términos más justos?

Viene a ser una consideración admitida que la verdad lo es por oposición a la mentira. La verdad de la historia despeja el horizonte de la mentira, rehace el recuerdo. La búsqueda de la justicia para los que están demanda la búsqueda y la fijación de la verdad. El recuerdo mentiroso es reemplazado por otro que ya no lo es. Pronto, antes de lo que pensamos, nuestro comportamiento temeroso con la memoria de los que nos precedieron nos lleva a evaluar dicho recuerdo al que solemos encontrar faltas irreconciliables con nuestro modo de ver las cosas. Pero este ejercicio, al estilo de los trabajos de Perseo, devuelve la verdad al reino de la mentira una y otra vez.

Como en el código cristiano, en el que los pecadillos veniales lo son casi siempre porque no hay intención de faltar, el asunto de la mentira tiene un rango histórico parecido al del catecismo. Las mentiras de la historia son *mentirijillas* cuando el infractor no tuvo intención de mentir. Puede que, sin mala fe, olvidara algunos asuntos importantes, o que, siendo un mal historiador, hiciese su trabajo de forma deficiente. Hay olvidos bienintencionados que no pretenden ofender. Pero, qué duda cabe, cuando esto es así no podemos acusar a la memoria de faltar a la verdad, de mentir influida por la maldad innata de sus usuarios. La vuelta del calcetín que es la verdad no siempre es la mentira. La otra cara de la verdad puede ser el desvanecimiento del recuerdo, el ejercicio incorrecto de su preservación, el uso de un conjunto de elecciones que han terminado por disolverla.

¿Merece la pena reconstruir este tipo de verdad? A veces, al empeñarnos en rehacer todas las verdades que encierra el tiempo, somos inútilmente tozudos. Agarramos un extremo del cabo y tiramos de él por la muy humana satisfacción de la curiosidad, sin habernos preparado de antemano para afrontar la llamarada que sale de las fauces del dragón sujeto al otro extremo de la cuerda.

Muchas personas, generalmente las que han vivido acontecimientos tan dramáticos que cualquiera de nosotros no hubiéramos sobrevivido a ellos con la razón intacta —aunque ellos lo hayan hecho— se irritan ante el afán de las generaciones que les siguen por contarles, ¡a ellos!, la verdad de su experiencia. El historiador es un mentiroso, un mal tipo que les acucia con sucias mentiras que les hieren el poco alma que aún les queda. Un resumen, por bien escrito que esté y por más que su naturaleza esté fundamentada en el trabajo científico, dista mucho para estas personas de la verdad que ellos conocen. Bien al contrario, se aleja rotundamente de ella. Y es que del recuerdo a la memoria hay un duro trecho que no siempre se puede recorrer².

Pongamos por caso el de una niña que tiene seis años. El pequeño siente desde el interior de su casa el ruido funesto que hace un grupo un grupo de soldados, poco mayores que sus propios hermanos, al pegar culatazos contra la cancela. El ruido se intensifica hasta que su madre, despavorida, abre por fin la puerta. Luego escucha gritos y ve que uno de los muchachos la empuja y abofetea mientras otros patean el suelo de madera hasta que lo destrozan, y allí oculto descubren una trampilla —que él conoce bien. La abren y sacan a tirones al padre que, en pocos segundos, es identificado y conducido contra el muro del patio de la casa donde, en compañía de sus cuatro hermanos —apenas unos niños, ya he dicho— y a su propia madre, son tiroteados. Ella lo ve todo. Nadie se ha molestado en taparle los ojos. Los jóvenes no entienden que tal precaución sea conveniente. Si bien luego una joven muy sonriente, con el fusil aún caliente al hombro, tira de ella juguetonamente y la acune entre sus piernas y, se encariña con ella —que es preciosa aunque esté sucia de llanto y horror. La chicha se la lleva consigo, la monta en el camión, donde reina una algarabía loca y donde todos cantan. Los chicos le ponen un mote cariñoso, *Tirillas*, porque la niña, larga y delgaducha, parece un gato despeluchado, y se le cae el pelo a mechones por culpa de la continua ansiedad y el hambre que nace del sitio de su ciudad que los jóvenes soldados defienden con uñas y dientes.

... Ese alguien, la que fuera una niña víctima de una guerra, ya tiene su verdad, y no querrá otra, por más que los gobiernos y los sabios se empeñen en contársela. Aunque el historiador le asegure que está documentado que a su padre le ajusticiaron por traicionar la defensa de la patria, por ser, además de un cobarde, un delator; y que su madre —sin pensar en las otras madres de su ciudad— le animaba a esconderse bajo el suelo, para no tener que perder al marido y quedarse sola al cuidado de cinco hijos, cuatro de ellos —entre los trece y los diecisiete— lo suficientemente jóvenes como para no tener que vérselas con el fusil, pero lo suficientemente adultos como para colaborar a

² MUCKNIK, M.: *A propósito: del recuerdo a la memoria, 1931-2005*, Madrid, Del Taller de Mario Mucknik, 2005. Tercer tomo de memorias del autor.

sabiendas en la traición, rapiñando por entre las habitaciones de las familias desalojadas de las zonas del frente urbano, y esperando la recompensa merecida del invasor.

Digamos, además, que luego, durante un largo tiempo la niña crece bien arropada por quienes vencieron, los sitiadores de la ciudad, y que estos le cuentan que sus padres fueron muertos por ella, fueron mártires de una lucha encaminada a su propia salvación. Pero como hasta los ganadores se extinguen, cuando ya es una mujer madura, asiste al renacer de una cierta normalidad que ella no sabe vincular con ningún recuerdo de su pasado, aunque las autoridades le digan que se intenta devolver las cosas a su lugar de origen, anulando las trabas de la memoria fingida, de la memoria “mentirosa” en la que la niña ha crecido, en la que ha tenido a sus hijas a quienes ha transmitido su memoria como trasunto de la memoria verdadera.

La memoria “verdadera”, la colectiva, diría que el enemigo estaba a las puertas de la ciudad, que la ciudad resistía a duras penas gracias a la valentía y arrojo de los jóvenes, que muriéndose de hambre la población, en esas circunstancias no era permisible el egoísmo, ni mucho menos la traición, porque cada cual debía contribuir a la defensa de la legalidad en juego. Así que –diría la memoria “verdadera”- ningún patriota tenía derecho a la defensa de sus intereses particulares –no en tiempo de guerra- y porque algunos, como el padre de esta niña, hurtaron su esfuerzo al común pasó lo que pasó y ella misma hubo de sufrir las consecuencias de la derrota. Entre ambas verdades se produce un cortacircuito. Una no es el reverso de la otra; en su encuentro describen un círculo imperfecto, el círculo imposible de la memoria.

De modo que aunque nos parezca incómodo, no conviene que la verdad sea una cosa doméstica, si bien tampoco es preciso elevar su rango, inscribiéndola en documentos oficiales: *“Innumerables veces he empezado y abandonado la historia de 1812 (...) Sobre todo, me entorpecían las tradiciones de forma y contenido. (...); temía que la necesidad de describir importantes personajes de 1812 obligara a guiarme por los documentos históricos y no por la verdad (...) He decidido dejar de lado todos estos temores y escribir lo que necesito expresar (...).”*³

³ En 1864, cinco años antes de publicar los últimos volúmenes, Tolstoi reflexiona acerca del género al que adscribir su obra, *Guerra y Paz*. Escribe y reescribe el texto, dándolo a conocer por el muy útil sistema de entregas periódicas, pero no es capaz de discernir acerca de la categoría formal del mismo. Por encima de la ficción que alberga la obra se resiente del peso de la narración histórica, entre memoria reciente y reflexión vital, sin que por ello la verdad que pretende lo sea en mayor medida. Los efectos de la victoria sobre las tropas francesas están aún vivos en la memoria del autor. El nacionalismo emergente, las fuentes del decembrismo (levantamiento contra el zar Nicolás I en diciembre de 1825) pesan lo suficiente como para que esta “verdad” lo sea principalmente en la medida en que es invención. Ver MUCKNIK, M.: *Editar “Guerra y Paz”*, Madrid, Taller de Mario Mucknik, 2003.

Pero no hay verdad en Tolstoi, autor de las líneas anteriores, aunque él se empeñe en digerirla a través de la historia; toda verdad se muestra irrelevante cuando la intención de quien la pone en su boca es mostrar, convencer y moralizar, tareas a las que sí se aplica el autor con la destreza y el esfuerzo que le caracteriza en el trabajo. Quizá Tolstoi pretendiera –como dice Berlin⁴– que la historia le mostrara el camino de la verdad, un camino obsesivo y circular que por más que nos empeñemos nunca conduce a ella.

Las “íes” de la memoria.

Casi por la inercia que conlleva el género de pensamiento que cada cual practica, darle vueltas al asunto de la memoria me remite a la metáfora del círculo. Pero la idea del círculo, cuando se trata de la memoria, nace en realidad de su cualidad imposible. No hay memoria cerrada, ni es perfecto el círculo que traza. La memoria –dicho sea de paso, un asunto menos interesante desde el punto de la historia que su mera negación– acierta a comportarse como una ruta inconclusa cuyo nudo director, al girar sobre sí mismo, no termina de encontrar el otro extremo de la cuerda que la traza. Son dos grandes desconocidos los extremos de la memoria, están destinados a no encontrarse jamás. Como en los grandes dramones.

Del círculo de la memoria podrían decirse muchas cosas, casi todas tan poco definitivas como la que acabo de indicar. Pero todos los adjetivos que se me ocurren para calificar el fenómeno de la memoria tal como hoy se nos representa, en tanto producto cultural especialmente, sustentan el muy poco agraciado prefijo “im” o “in”, depende de la letra que le siga. Así, en mi tendencia a visualizar los conceptos la memoria histórica, se me hace, además de imposible, o quizá por ello mismo, *imprevisible*, *incierta* y hasta *indefensa*. Podría igualmente añadir, pero habría que cambiarle el prefijo, que la memoria histórica es *irrenunciable*, e incluso un objeto de naturaleza *irredenta*, por lo mucho que ha peleado a lo largo de los tiempos por encontrar una patria, política y cultural, que le diera el valor que ella cree merecer. La memoria, que siempre ha querido independizarse de la historia, está hoy a punto de conseguirlo. Ya veremos cómo.

Por abundar en las primeras “íes” propuestas, y antes de atender a lo fundamental, la imposibilidad de la memoria histórica, no puedo menos que aclarar que, a mi, la memoria, su ejercicio y su preservación, se me hace parte

⁴ BERLIN, I.: *Pensadores rusos*, México, D.C., F.C.E, 1985 (Ed. Original en inglés 1978)

de la tendencia hacia la imprevisibilidad con que se desempeña la historia, y que la incertidumbre a la que aludo no es una cualidad propia sino un resto notable del atributo que caracteriza a la historia y que, como es obvio, se queda prendido en su memoria. Así la memoria se presenta ante nosotros carente de cualquier blindaje. La memoria está del todo indefensa, podemos hacer con ella y de ella lo que nos plazca. Podemos enaltecerla, trucidarla, anularla, borrarla y seguramente también quererla, amarla hasta el final de nuestros días.

La memoria, adulterada como lo es siempre, se hace sin embargo irrenunciable. No podemos vivir sin ella por muchos disgustos que nos dé, y porque no podemos, acabamos haciéndole un nicho en el altarcillo de nuestra vida y poniéndole velitas, colgándole exvotos, como si la santa memoria estuviera capacitada para remendar nuestros males presentes, haciendo por nosotros el trabajo sucio, la limpieza del hogar. Queremos barrer el patio, llamemos a la memoria. Quizá las inmundicias del pasado, arrastradas por el afán *memorizante* –que no memorístico- empujen de una vez por todas a las que ahora nos molestan. La memoria sería, en este caso, una intrépida bacteria, muy noble y resistente, que suplantaría a otras, más cobardes y mezquinas, que amenazan con diluir nuestro presente en su propio caldo anónimo.

Pero de tanta memoria como hoy gozamos no se desprende sin embargo que su naturaleza sea tan sabrosa como debiera. Nuestra memoria tiende, por la extensión con que se practica, a perder sustancia. Nuestra memoria se va volviendo cada vez más *insulsa*. Lo abarca todo, pero nos sabe a poco. Hacer memoria es un juego habitual y rutinario para nuestros niños, que abarrotan sus estantes y armarios de los testigos materiales de su crecimiento sin importarles a sus mayores introducir a las criaturas en el muy sabio conocimiento de la selección del vestigio y del recuerdo así como en la eliminación de morralla.

El peso de tanta memoria almacenada, memoria *inabarcable*, termina por saldarse con ciertos olvidos intolerables, los que se refieren a los asuntos centrales de la experiencia. Rodeado de memoria, el individuo convierte su existencia en contemplación y pasividad, se trasmuta en un coleccionista irreflexivo de la acción muerta, la suya y la prestada. Sin abandono -abandono elegido- no podrá haber memoria, no al menos la memoria que merece la pena. Cuando la memoria no se hace síntesis –sometimiento a la elección del memorioso- sucumbe a la *inoperancia*.

La memoria, la que ha sido organizada con tesón y acierto, ha practicado la tradición de lo *invisible*, se ha colado en nuestra cotidianeidad sin que la viéramos, haciendo de cada uno de nosotros lo que somos. Puede

mostrarse *inexpresiva* y modesta -la memoria invisible-, pero funciona y es francamente operativa. Si bien, no por modesta ha de actuar siempre con rectitud. En ocasiones ha hecho uso de falacias señeras. No nos hemos percatado de que estaba ahí, fiscalizando y acotando todas nuestras actuaciones. Cuando hemos ido a echarle el guante -porque se pasaba de la raya- y con él la culpa de la responsable osadía con que se había metido allá donde no era convocada, nos hemos topado con una muchacha *ingrata* que, a la hora de la verdad, nos ha dado la espalda, como si nuestras imprecaciones no fueran con ella. Hay quienes prefieren apostar por una memoria *infame*, tan inconveniente que merece ser desterrada por siempre jamás. A estos, lo que les convendría sería un buen repaso, un buen repaso de historia, claro está.

La memoria “debida”⁵.

A mi entender, hay un poco de voluntarismo ciego y acaparador en el afán gestor de la memoria. La pretensión constante de que el círculo ha de cerrarse de una vez por todas es una insensatez señera entre las muchas que nos acompañan. Guardémoslo todo y elijamos luego, archivemos el tiempo mientras somos tiempo.

En una época de inflación de los derechos de las personas “humanas”, la memoria se ha consagrado como uno de los principales. Como principal derecho, se nos dice que la memoria es un “deber” individual y compartido que se ejerce en solitario o en grupo. A los desmemoriados se les excluye del grupo y se les pone en cuarentena. Un desmemoriado es un inconsciente, un cero a la izquierda en la escala social. La memoria debida es pues un marchamo de calidad cívica. Poseyéndola se entra en el grupo de los ciudadanos ejemplares, despreciándola, en el de los apestados, por insolidarios e injustos. Se puede incluso ser un traidor hacia la causa de quienes dieron luz al caos en el mundo en el que habita. Así las cosas, no parece posible convivir en sociedad sin el ejercicio sistemático de la veneración hacia el débito de la memoria. El reconocimiento es previo al agradecimiento y si algo debería ser la sociedad moderna es una sociedad agradecida. Para algo está la proyección del tiempo en el tiempo, el progreso y todas esas cosas. Así el altar de la memoria crece y se va engrosando por la base con los exvotos de los oferentes. Hasta el punto de que puede que ya nadie sepa de qué pasta está hecha la memoria, ya que la costra que la cubre es, como la del rinoceronte al que aludía en un principio, impracticable.

⁵ He escuchado a menudo utilizar el término « memoria debida » al profesor Manuel Cruz. Me ha parecido siempre tan adecuado que se lo tomo prestado, avisando de que el sentido con que lo hago puede no coincidir con el original.

Pero en lo privado, en lo particular, el efecto de la memoria debida es desastroso porque mutila al individuo. Empece su cualidad de pensarse a sí mismo en tanto sujeto de cualquier acción que merezca la pena. El egoísmo de los muertos es tan grande como la justicia que debemos a su recuerdo, y cuanto más muertos peor.

Véase el afán por desenterrar las cuitas de los más arcanos en coincidencia con la indecisión de los vivos para afrontar tareas que requieran un esfuerzo absorbente. Así, buena parte del débito asociado a la memoria es fruto de la autocomplacencia en épocas estancas. Negar el peso de la memoria es –ya lo he dicho– un demérito muy grande que se mide precisamente en el grado de ejemplaridad de quienes cultivan su uso. Ser memorioso puede incluso aportar la cualidad de la cultura. Recordar, saber, rememorar lo propio y lo ajeno facilitan las relaciones sociales, producen aprecio y la consideración supuesta de honestidad.

El papel transformador de la memoria es grande. Resultan pues insuficientes tanto la evocación instructiva de la memoria como la meramente ilustrativa. De los desaparecidos y de sus obras se desprende una enorme vitalidad. Pero cuando la memoria es debida, entonces se convierte en un fardo pesado que, incontrolable en su volumen, sobrevuela sobre nuestras cabezas con grave peligro para nuestra estabilidad. Los más resignados se avienen a cargar con ella. A los demás se les tachará de egoístas e insensatos. Su aspiración es la de caminar ligeros de carga, como los niños felices que, al crecer, lo hacen sin particulares recuerdos.

Choque de trenes.

Uno de los fenómenos más curiosos por lo que se refiere al tratamiento de la memoria en nuestros días es lo que bien pudiéramos denominar el choque frontal de trenes. Los agentes que se ocupan de abrir las espitas de la memoria trabajan con soltura ajena a los efectos que producirá la puesta en circulación de un tren sin haber antes revisado el trazado de la vía sobre el que se le va a hacer circular. El hecho de que el tren circule les parece un logro en sí mismo. Cuantos más trenes mejor. La circulación de la memoria es positiva en sí misma.

Esta actitud me recuerda mucho a aquel afán descontrolado por abrir excavaciones arqueológicas, desenterrar muros y momias, empaquetar piedras y hacerlas navegar con rumbo a aquellos museos preciosistas que no eran lo que aparentaban y podían ser más que lo que eran, y que absorbió por

completo la mente excepcional de los científicos europeos a principios del siglo XX. Qué se hubiera de hacerse luego con todos aquellos restos almacenados en enormes contenedores de madera, en los que reinaba el batiburrillo como podía haber reinado el orden si se hubiera trabajado previamente la idea de para qué se organizaba todo aquel tinglado, era un tema de segundorango, que no preocupaba demasiado a quienes abrían zanjas y se metían en las entrañas de los fosos.

Con los trenes de la memoria pasa hoy algo similar –no en vano la arqueología es en sí misma un principalísimo vehículo de la memoria. El problema deviene al enfrentarse cara a cara los dos maquinistas en la misma vía. Primero se hace el desconcierto, que en fracciones de segundo se transforma en pánico. A continuación, tras el choque frontal –en este caso afortunadamente de las memorias- solo puede gestarse la extrañeza, el no reconocimiento del otro y, en tanto sujeto al que no reconocemos, la lucha encarnizada en pro de su eliminación.

En el escenario de la memoria, la argumentación está de más porque solo mi memoria es la verdad y la tuya en cambio no lo es. La convivencia de memorias enfrentadas resulta un ataque a la dignidad en absoluto tolerable en culturas así autodenominadas democráticas, porque la dignidad se construye explícitamente sobre la verdad y lo que no lo es atenta contra ella. Así que si en un principio admitimos que el otro hace uso de una memoria “confundida”, a continuación, cuando persista en su memoria, diremos abiertamente que miente. Y, como la mentira es con mucho uno de los vicios –precisamente por frecuentes- que menos tolera el hombre moderno, hacemos uso de los mecanismos de supresión que tenemos a nuestro alcance. Solo la memoria “verdadera” deberá quedar en pie, la otra es un estorbo que empece el entendimiento colectivo de las cosas.

A estas alturas del tiempo moderno -contemporáneo- muchos son los países, naciones, pueblos... que viven la angustia cotidiana que sigue al choque de trenes. Así, las culturas meridionales de Europa tienen a gala no olvidar nunca y mantienen como un axioma que a cierta edad es ya preciso vivir de los recuerdos. Alimentar el recuerdo es inventarlo e inventarlo parece ser un ejercicio que fomenta la vida de quienes se hallan próximos a perderla. Tal vez el exceso de memoria del que hacen gala las sociedades sea solo eso, un síntoma de vejez. ¿Alguien ha visto a algún joven revolcarse en los recuerdos haciendo de ellos un arma de lucha cotidiana? Pero nuestros contemporáneos recelan siempre del zigzagueo porque se sienten disgustados ante las medias tintas y los matices. Desdecirse es incorrecto y vivaquear por los recuerdos haciendo un uso cordial de ellos, es la expresión del fracaso moral.

Las políticas de recuperación de la memoria, más o menos recientes según los países y las coyunturas del pasado a las que hacen referencia, han dado el pistoletazo de salida a posturas que, en su afán de justicia, marcan con un trazo indeleble la rotunda intransigencia con las memorias “confundidas”. Es posible que la dignidad de quienes ya no nos acompañan merezca alguna batalla –nunca una guerra– y que el choque de trenes de la memoria haga posible al fin la justicia que en su día les fue negada a sus dueños. También es posible que los renacidos una y otra vez decálogos de la memoria verdadera sirvan para hacer más sabios a los que han de seguirnos; más sabios y más honestos, ya puestos a exigir. Nosotros a nuestros hijos, igual que a nosotros nuestros padres, les debemos seguramente un esfuerzo en este sentido. En algo hay que creer. Finalmente, quizá las memorias confusas sean al fin, forzadas por el empujón que reciben de las memorias verdaderas, objeto de enderezamiento, aunque esto último me parezca francamente difícil.

Con todo, piénsese en toda la energía que las sociedades contemporáneas vuelcan en estos procesos y evalúese si merece o no la pena restar energía y recursos de otros que, aún no siendo tan justos, sean procesos de inmediata necesidad. En el siglo XXI las heridas heredadas –formas de memoria– son tantas y tan purulentas aún que se nos hace difícil mirar al futuro solo con la responsabilidad de enderezar el significado de un lastre semejante. Ciertamente el siglo XX no fue un siglo fácil, pero es que tampoco lo fueron los precedentes y no por ello seguimos tirando del carro de la historia cargándolo de fardos indefinidamente.

El perfeccionismo del hombre contemporáneo es el que le lleva siempre a la muy noble tarea de querer encauzar su acción en su destino, en el tubo conductor que lleva al futuro. Ningún cabo puede quedar al aire, porque produciría una inaceptable impresión de irresponsabilidad que el hombre contemporáneo no puede tolerar ¿Pero somos aún capaces de pensar que podemos hacernos fuertes en el presente a base de enmendar los entuertos del pasado? ¿Cuándo ha verificado la historia esta hipótesis?

No se me entienda mal. Con esta leve objeción mía a la corrección sistemática del discurso de la memoria no pretendo hacer crítica del uso de la justicia. Ser justos según nuestro buen entender es una obligación que no resta capacidad para enfocar las necesidades del mundo presente. Ser justos con quienes no tuvieron ocasión de recibir justicia en vida es un gesto que nos honra y deberíamos cultivar como un bien público. Ser justos es además un placer gratificante y aunque solo fuera por ello merecería la pena cultivarlo. Con todo, tengo mis dudas acerca de que forzar como se ha venido forzando en las sociedades modernas el choque de trenes no tenga un coste

añadido que merezca la pena pagar, en especial si los trenes se conducen con cabezonería y anteojeras hasta límites de velocidad que rozan la sinrazón.

Démosle la vuelta al argumento y así quizá encontremos un momento de sosiego. Las experiencias del presente ya no estarían referidas a trenes de memoria que chocan en la misma vía. Lo interesante no es la dualidad de la memoria sino de las experiencias. Las experiencias, opuestas incluso, divergen, se mueven por vías que jamás se encuentran. Sin embargo, todas ellas habrían sido gestadas en una sola memoria. Veamos el asunto como el árbol cuyas ramificaciones se entrelazan con el de al lado hasta construir un emparrado homogéneo y protector. De tener las experiencias en común un pedazo de la memoria, quizá llegasen a encontrar un tema de conversación. La memoria, aunque no nos abre el camino, nos resguarda a todos por igual. Véase en el diálogo de dos argumentos enfrentados la experiencia de la historia, que nos muestra que en definitiva el conflicto y la cooperación dependen de un mero tirón de fuerza.

La vitrina de la abuela.

Las mujeres que heredan la vitrina de la abuela se sienten especialmente felices. Lo son sin embargo durante un rato, el que dura la visión brillante de los ajuares domésticos en una esquina del cuarto moderno, todo él confortable y racional. Enseguida, la vitrina de la abuela se convierte en un trasto al que hay que quitar el polvo, cuya madera hay que abrillantar para que no se vuelva mate y además airear, para que los viejos objetos que atesora no se consuman.

La vitrina de la abuela no está hecha para la mujer moderna. La mujer moderna lleva por bandera el no necesitar un nido estable bien fortificado, prefiere la algarabía del nomadismo al que están hechas las casas en las que cuando algo se rompe se tira inmediatamente y en las que, precisamente por falta de espacio, nada que no sirva para algo en concreto tiene cabida. La vitrina de la abuela, que no sirve para nada en especial, solo es un trasto inservible y, como es infrecuente que nadie use su contenido, su sola presencia nos amenaza con romperse y darnos un disgusto. Así que, el día menos pensado la subimos al desván, le echamos una sábana por encima y cubrimos el hueco que deja en la sala con un modesto *puff* de plástico, muy confortable, con el que si uno tropieza no pueda hacerse daño.

Con la memoria pasa un poco igual que con la vitrina de la abuela. Guardar el pasado y exponerlo ha sido de habitual un ejercicio penoso,

falto de imaginación en muchas ocasiones. Cuando se producía un cambio político sustancial, los museos daban fe del mismo acogiendo los vestigios de los procesos formativos, ensalzando la modernidad de los tiempos en que eran expuestos con toda la pompa y circunstancia requeridas. No era lo mostrado sino la muestra lo importante. Pasó en el siglo XIX, al hilo de la formación de naciones e imperios, y pasó en el XX cuando, concluida una guerra cualquiera, las autoridades al mando se sentían en la obligación de hacer público el contexto en el que se había fraguado la miseria de la vida de la gente. La muestra servía a la culpa tanto como a la inversa.

En el pasado glorioso las exposiciones y los museos⁶ amontonaban los vestigios sin una taxonomía estudiada. El hilo conductor de la muestra era una voz latente, muy vaga, inflamación de un orgullo desmedido. Naciones como la francesa o la inglesa saben mucho de este asunto⁷. Sus grandes hombres⁸ están enterrados en panteones –vitrinas opacas- de mármol esculpido que exaltan la singularidad de las personas⁹, aunque sus gestas queden reducidas a los teatrillos estáticos tras el cristal de la vitrina¹⁰. Quizá las muestras compuestas por objetos traídos de las expediciones coloniales, al enseñar lo diferente, ejercitaron también la adhesión a lo propio, a lo conocido y amado¹¹. Cuando la grandeza está cumplida, la autoridad da paso a la visibilidad de lo cotidiano¹².

Paris, 1867: la Exposición Universal¹³ lleva a escena la historia del trabajo. En ella se muestra el desarrollo de la actividad humana a lo largo de los tiempos. Cinco mil piezas construyen la muestra, todo un record. La perspectiva etnográfica le da a la escena un toque exótico. Hasta la prehistoria puede mostrársenos bajo un halo romántico¹⁴. Los museos clásicos de historia

⁶ RICOEUR, P.: «L'écriture de l'histoire et la représentation du passé», 22ème conférence Marc BLOC, *Annales HSS*, n° 4, juillet-août, 2000, pp. 731-747.

⁷ KAPLAN, FL.: *Museums and the making of « ourselves »*. *The role of objects in national identity*, London, Leicester University Press, 1996.

⁸ CENTLIVRES, P., FABRE, D. et ZONABEND, F. (dir) : *La fabrique des héros*, Paris, Ed. de la Maison des sciences de l'homme, 1999.

⁹ BONNET, J.C.: *Naissance du Panthéon. Essai sur le culte des grandes Hommes*, Paris, Fayard, 1998.

¹⁰ HASKELL, F.: *History and its images, Art and the interpretation of the past*, New Haven, Yale U.P., 1993.

¹¹ GÉRANDO, J. M. de: *Considérations sur les diverses méthodes à suivre dans l'observation des peuples sauvages*, (1799).

¹² HERZFELD, M.: *Cultural intimacy. Social poetics in the Nation-State*, London, Routledge, 1997.

¹³ TRUESDELL, M.: *Spectacular Politics. Louis-Napoleon Bonaparte and the Fete Impériale*, Oxford, Oxford University Press, 1997.

¹⁴ En 1835 Boucher de PERTHES propuso fundar museos dedicados a las antigüedades francesas, tema este referido en GRAN-AYMERICH, E.: *Naissance de l'archéologie moderne. 1798-1945*, Paris, ed. CNRS, 1998.

ponen a trabajar al pasado a favor del futuro. Pero, para que no todo sea pasado, el presente se incorpora a la muestra. Los suecos enseñan a los visitantes la manera en que viven los campesinos en el campo, en sus casas y granjas. La historia ha puesto el ojo en la gente anónima, sin nombre, aburrida, quien sabe, de tanto general montado a caballo.

Ya en el siglo XX las evidencias de la contemporaneidad se expresan con tensión y dolor, fruto de las crisis sociales o de las morales, como si el mundo solo pudiera exponer aquello que es indigno de ser recordado porque atenaza aún más el daño heredado. El exponer las herramientas que habían conducido a la ruina funcionaba como instrumento de catarsis. La cultura mostrada expresaba la incertidumbre de las vivencias y soportaba la exigencia de responsabilidad. Los museos del presente provocan a la memoria, hacen trizas su complacencia, incluso su destino ilustrador. Las muestras hieren en la medida en que el discurso que las construye afila sus dientes.

Hoy se cree que la representación del pasado -la vitrina de la abuela- tiene dos lecturas posibles. La primera, la de guardar la memoria, y la segunda, la de inventar una y otra vez las condiciones que confeccionan precisamente dicha memoria. Así, los museos, espacios que contienen vida muerta, se dan maña para estructurar el tiempo presente de acuerdo a categorías explicativas, justificativas e incluso evasivas. Al recorrer el pasado en ellos no puede evitarse un punto de nostalgia y aflicción porque hallamos refugio en él frente a los problemas del presente.

Está ampliamente difundida la idea de que la práctica del coleccionismo cultural de hoy es necesaria para poder mantener vivo el recuerdo de la historia cotidiana, de la sociedad, de la nación. *“Quien no colecciona hoy, no existirá mañana”*, afirma con rotundidad el director de la colección del museo histórico del pueblo alemán de Berlín, Dieter Vorsteher¹⁵, que sin duda sabe de lo que habla. Historiadores y expertos en arte se ponen al servicio de la muestra de las colecciones, sin menoscabo de la labor que desempeñan arquitectos y escenógrafos. La puesta en escena ha de ser brillante, en consonancia con las apetencias de un público que, no es que lo disfrute o lo aproveche, sino que –literalmente- consume espectáculo histórico. La gente quiere ver, saber, y hasta conocer los diferentes puntos de vista –interpretaciones históricas. La muestra construye un discurso y el lector pretende nada menos que entender su estructura. Como ante la pintura, que no disfrutamos, porque preferimos entenderla, la muestra histórica solo nos parece válida si es didáctica. El coleccionista expone su tesoro de tal manera

¹⁵ CORNELISSEN, Ch. : «Das Deutsches Historisches Museum a Berlino e la mostra della Wehrmacht», comunicación, *In media(s) res. Comunicare il passato oggi*, Bertinoro (FC), 28-30 settembre, 2006.

que ofrece al espectador la posibilidad de hacer una apropiación crítica de la historia. La obviedad salta a la vista: frente a los sistemas nacionales de presentación de los tesoros que impregnaban al lector de la idea de que la historia se proyecta en el tiempo por su propio impulso, ahora en cambio, los conjuntos se muestran fragmentados y confusos, deconstruidos para enseñarnos las tripas del cadáver, su complejidad más íntima. La discontinuidad de las historias, y la inserción de cada una de ellas en todas las demás, es un bien supremo, pero también el que mayor esfuerzo de preservación requiere.

Pensemos que la visibilidad que nombra al tiempo reciente convierte a la muestra en un ejercicio primordial. La representación de la historia es antes que nada artística y el espectador ya no es un individuo que mira y lee, sino parte integrante del espectáculo. Un museo viene a ser un texto horadado por la voluntad del que mira. La vitrina de la abuela se ha abierto para que todos metamos la mano y desparramemos su contenido a nuestro gusto. Aquel orden instituido en la memoria de las hijas y nietas que reinaba dentro del recinto sagrado se ha transformado en novedad. Su público ya no celebra, al mirar, la mera existencia de los objetos ni la de la gloria que alumbró el soplo del vidrio delicado. El público remueve ahora las tazas y los platillos interpretando, supuestamente, la nueva disposición en clave de modernidad. La nostalgia pierde fuerza a favor de los problemas del presente. Son estos tan impositivos en su ejercicio diario que espantan la posibilidad de la evocación, del sueño.

Así, las sociedades del presente ejercen constantemente su derecho a tomar conciencia de todo, de los horrores que cargan el tiempo, de las anomalías que anteceden a las nuestras. El patrimonio pertenece a la sociedad tanto como la vitrina a la abuela. Si esta usaba su bien en beneficio de la tradición, aquella en cambio utiliza el patrimonio para tirar de los cabos de la memoria a fin de disolver la compacta madeja. Nunca más los objetos serán pasivos o mudos. Nunca más. Su actuación deriva del significado que les damos. Los temas estrella se imponen: la identidad, la ética moderna, el género, la ciudadanía, la democracia... dan luz a las superficies y producen remolinos al levantar el polvo de ellas. El uniforme de las SS, colgado en una percha en medio de un gabinete de guerra reconstruido para una exposición sobre la historia de Alemania, ha dejado de comportarse como la prenda desgastada, parda y anacrónica que es, testimonio central del arte paramilitar en el vestir. El uniforme de las SS es ahora un bastión del aturdimiento moral que recrea. Mirarlo puede causar causa duelo, vergüenza, destemplanza.

Qué decir de aquellas muñecas de porcelana, cuya mirada de cristal, fija e inquietante, nos recuerda que, como ellas, las niñas que las atesoraban en los armarios, estaban destinadas a convertirse en juguetes vivos.

Bajo las enormes faldas victorianas de las muñecas, algunas con miriñaque, se esconde –en el sentido literal- el poder doméstico: juegos diminutos de té, vajillas de porcelana y tapicerías de seda. ¿Qué más puede desear una princesita? Y que a nadie se le ocurra comentar la belleza de estos objetos burgueses y arcaicos, porque será tachado de alguna cosa desagradable. Las muñecas no son nada, aunque tienen un cometido: el de representar la función del presente.

Quizá la palabra de un especialista en el tema de por bueno lo que yo solo acabo de sugerir:

“Surtout, la légitimité de la conservation et de la mise en valeur du patrimoine historique repose aujourd’hui moins sur le respect de l’intention des ancêtres qu’il donnerait à comprendre et transmettre que sur l’intérêt général du public –et de communautés- pour la mémoire, son travail et ses représentations »¹⁶

¹⁶ POULOT, D.: “Représenter le passé dans les musées français de la fin du XXème siècle : entre l’histoire et l’histoire des mémoires », *In Media(s) Res. Comunicare il passato oggi*, Bertinoro (FC), 28-30 settembre 2006.